

TUL  
MALLA  
DE PÚAS



**Yanira García**

Fá

# **TUL MALLA DE PÚAS**

**Yanira García**

Todos los derechos reservados. Este libro puede ser reproducido todo o en partes siempre que sea sin fines de lucro. La editorial y el autor agradecen sus comentarios en nuestra página web, redes sociales o al correo [contacto@faeditorial.com](mailto:contacto@faeditorial.com).

Copyright © Mirna Yanira García 2025

Primera edición: septiembre de 2025

Ilustración de portada LA bEnEfActOrA

Copyright © Luis Ovidio Ríos Guerra (Fá Editorial), 2025.

[www.faeditorial.com](http://www.faeditorial.com)

ISBN: En trámite

## Índice

### Edén

I .....	10
II.....	11
III .....	12
IV .....	13
V.....	14
VI .....	15
VII.....	16
VIII.....	17
IX.....	18
X.....	19
XI.....	20
XII .....	21
XIII.....	22
XIV.....	23
XV .....	24
XVI.....	25
XVII.....	26

### Hierba mala

El viejo truco de la vida: .....	30
Desde la grieta se puede el oler el vértigo del jacinto	31
Afilo mi sombra contra el borde de las piedras.....	32
Me alimentó el temblor de luz.....	33
Todos sabían mi vocación de insecto: .....	34
Deslumbrado, el trébol no puede percatarse .....	35
Ahí, en ese jardín donde apenas.....	36
Recordé que en cualquier momento .....	37
Sueña el jardín que remonta la reja, .....	38
En mi cabeza crece una hiedra de palabras.....	39
La vida es una huerta.....	40

Cuánta luminiscencia en los pistilos. ....	41
También hay ternura en la rabia: .....	42
Ávida como los rescoldos de una hoguera, .....	43
Calígrafas del sol, .....	44
La maleza de fuego tiene botones .....	45
Si pudiera escribir en un palacio, .....	46
Estos versos germinan en tu jardín ahora, .....	47

#### Botánica estéril

Diente de león.....	49
Dos rosas amarillas .....	50
Enredadera .....	51
Cactus .....	52
La zarza ardiente.....	53
Violeta silvestre .....	54

#### Sed

El árbol de Gabriela Mistral.....	56
Una palmera en la Plaza Constitución .....	58
Desenterrar palmeras.....	59
Te llamas Rosa.....	60
Coda .....	63

La mujer no necesita escritorio, tinta, papel ni plumas.  
Entre gente de buenas costumbres el único  
que debe escribir en la casa es el marido.  
*Molière*

La anatomía es el destino. Las niñas sufren toda la vida  
el trauma de la envidia del pene tras descubrir  
que están anatómicamente incompletas.  
*Sigmund Freud*

Sepa una mujer hilar, coser y echar un remiendo,  
que no ha menester saber gramática ni hacer versos.  
*Pedro Calderón de la Barca*



**Edén**

Dios creó a Adán dueño y señor de todas  
las criaturas, pero Eva lo estropeó todo.

*Martín Lutero*

# I

Padre nuestro,  
también eres mi padre, aunque no quieras,  
en tu reino nací —torrente de agua al fondo de tu mano—  
broté sin importar qué tan santificado es tu nombre.

Tu voluntad se hace y es para mí una daga:  
en la tierra y en el cielo punza ser inferior:  
rayo de obscuridad  
que lacera las sábanas tendidas.

No he perdonado las ofensas de tantos:  
el que llevó sus dedos sudorosos  
en busca de mi centro mientras iba en camión hacia la escuela;  
el que hace de mi trabajo una fortuna devaluada:  
dinero roto, vidrio molido para danzar sobre él;  
el que pretende colgar un yunque  
a las palabras que pronuncio;  
el que me apedrea con peñascos de burla.  
No los perdono.  
¿Debo hacerlo?

Déjame entonces ser libre de caer  
en cuantas tentaciones quiera,  
déjame ser el aire feroz que abre los ventanales,  
la rabia del aroma de las flores de azahar en el crepúsculo,  
pues no hay mal en ponerse de pie  
ni en mirarte a los ojos frente a frente  
porque tuyo es el reino y el poder  
y también de nosotras.

## II

La picadura de la serpiente de la poesía  
no tiene antídoto.

### III

Desde que Dios sacó a Adán de mi costado,  
camina por el jardín dispuesto a reescribir la historia.  
Observa con disgusto mi habilidad de crear  
y se retuerce, se esfuerza por borrar la luz de mis palabras.  
Me ha dicho que no sirvo para escribir.  
Lo repite hasta hacer una zanja donde arroja  
las líneas de mis versos.  
Supervisa lo que puedo nombrar y se asegura  
de que entienda muy bien mis circunstancias.  
Por siglos le creí, yo, la desobediente,  
la preñada de caos,  
sucumbí al aleteo de buitres en mi lengua  
hasta convencerme de que broté  
para curar su inexistente llaga en la costilla.

## IV

Con flores cubrí la aspereza del tiempo,  
quisiera saber cuánto ha durado mi estancia  
entre las hojas húmedas que se pudren  
y el horizonte añil sabor a sal.  
Cuánto llevo tratando de contar el silencio con letras  
que junto a un lado de mis alas abatidas  
incapaces de cumplir  
un propósito en el soplo cristalino de la tarde.

Qué designio me envió a buscar el vuelo si soy piedra.

Qué tengo que decir para abrir la espesura  
y llevar esta carga al puerto de la voz.

## V

De los troncos: estacas.  
Con pétalos: espinas.  
En mis palabras: lluvia.  
Rejas de plata alrededor de mi boca  
(no pronunciar. Morder tan profundo  
la lengua que lleguen los dientes  
al otro lado de la tierra.)  
Cómo ignorar las señales de la desolación,  
el perfume de la tarde en mis dedos  
que deshojan el jardín  
en busca de saber si la vida me quiere o no me quiere.

## VI

Cuánta energía depositada en mí,  
cuántas noches soñando lo que podría alcanzar:  
frutos de ámbar para asustar el hambre de los que comen solos,  
gotas de sol para derretir los glaciares que dormían en la  
casa.

En mi cuna debió alzarse un medallón incandescente  
coronado por las hojas de un roble  
porque era mi suerte salvar el mundo quebradizo  
de una familia que se hundía  
sosteniéndose apenas de un moisés  
ataviado en tonos azules y tul malla-de-púas,  
como de un frágil madero sin rumbo.

La sorpresa debió caer como una cubetada de alfileres  
en la espalda de mi padre.  
Selva sin luna, mi habitación callada.

No fui el hombre que iba a salvar la exigua embarcación  
de nuestras vidas del naufragio.

En vez de eso, llegué con esta nube de tempestad  
que desde entonces va sobre mi cabeza.

## VII

Se aproxima el invierno a este edén.  
El plan era que las estaciones  
ignoraran el ritmo de las hojas:  
nadie debía sufrir la pérdida de un pétalo,  
ninguna ave tendría que despedirse  
del hogar de las ramas.  
Sin embargo, vendí cada promesa,  
vendí las ondas sumisas del aljibe  
a cambio de beber toda la luz de mayo  
a mitad de diciembre.

## VIII

Pesa en mi sombra el aliento del otro,  
ocupo su lugar desde un rincón  
(nunca dueña de nosotros).  
En mi infancia siempre se refirieron a mí en masculino,  
fue su forma de hacerme sentir oscura en sus luces encendidas  
y sin embargo yo he sido la que montó la vida  
y se cayó al primer relincho  
y ahora se levanta con la boca ensangrentada  
a escribir para no zozobrar en las aguas violentas  
que el otro no conoce.

Fosforece su rostro no nacido en la hoja  
que surcan estas letras. La duda perdurable:  
¿qué habría sido de mí si fuera el varón  
para el que estaba destinado mi mundo?  
¿qué habría sido de él si no hubiera resuelto  
andar el envés de mi existencia?

## IX

Hace años, venido de las aciagas cordilleras  
de un lejano e hipócrita Kentucky,  
trabajé para un programa social  
donde debíamos convencer a parejas solteras  
con hijos, de casarse,  
así los niños crecerían más limpios del pecado.  
Me pregunto cuánta vida encaminé al infierno,  
para cuántas mujeres extrañas en un país arrítrico fue  
más difícil romper la cadena de furia  
(una de cada cuatro, dicen las estadísticas)  
en busca de un divorcio con cláusulas que muerden.  
Cuántas serán felices saboreando el falso resplandor  
de su pequeño edén  
mientras aguardan  
que estalle y las redima  
la oscuridad inmóvil de su cuerpo.

## X

Aquí las aves vuelan  
siempre en el mismo espacio.  
Les han hecho creer que recorren el mundo  
y solo van de un paréntesis a otro:  
son la escenografía del jardín perfecto  
junto a los caracoles exactos y jugosos.  
No hay hierbajos aquí:  
todo es ideal porque es la gloria  
y en ella no hay espacio para el grito,  
para la cicatriz ni el corazón ardiendo.  
Si mi boleto de salida es la manzana  
aprenderé a ocultarla en mi boca.

## XI

Recuerdo mis primeros años ahí  
tratando de agradar a costa de extinguir  
mi luz a pisotones.

Ahora tomo la mano de esa niña  
a quien rechazaron por no ser un varón  
y juntas remontamos ese funesto patio  
donde solo florece la vergüenza.

## XII

Amasaron la tierra,  
se abonó con la mejor composta  
para crecer un mundo nuevo,  
prístino, de semillas fecundas.  
Ahí, sembraron el árbol de la vida  
y el árbol del conocimiento del bien y el mal.  
Se decidió que yo fuera la hija del segundo  
y desde entonces vago por los jardines  
expulsada del viento,  
amarga en mi condición de planta venenosa,  
feliz en mi desobediencia.

### XIII

Una estrella fugaz atraviesa el edén,  
nos quedamos mirándola  
sin palabras que crucen nuestras bocas  
(no confío en los deseos).  
Ya lo agotamos todo,  
de lo poco que he escrito  
quemé más de la mitad  
cuando mi padre dijo  
que no servía para eso  
(nunca leyó una línea).  
Tú en silencio,  
yo cavando con mis uñas  
un túnel para escapar  
por mi antebrazo.

## XIV

Detonan las abejas su canción en las flores.  
Arde el sol en sus alas:  
rayos que pulverizan el color de los pétalos.  
Bajo el árbol la tierra es agua detenida.  
Mis ojos regresan al manchón  
morado de lavanda  
donde el enjambre brota  
y ahora mi pecho siente un zumbido leve;  
después, el agujón;  
por último: el veneno.

## XV

Busqué silencio  
para ocultar mis gritos.  
Llevé la rebeldía en el bolso,  
el vocablo irreverente en la garganta enferma.  
Incapaz de estallar  
clavé agujas en la tiroides  
hasta convertirla en una mariposa  
de colección  
(¡miren lo que sobrevivió del paraíso!).  
Peleé sola a patadas de vocablos:  
hoy observo las marcas de mis reyertas  
en el rostro  
y las ahogo en el agua turbia  
del espejo de mano.

## XVI

Esta enorme pradera habla  
cuando recorro sus herbajes.  
Me dice que huya a la tierra prometida  
(ahí, donde no laceran mis versos)  
y que haga con mis pasos un martillo  
para clavar poemas.  
Avanzo a borbotones,  
a trancos:  
con el deseo de amar hasta vaciar la sangre,  
hasta agotar la vida  
o la muerte  
y dejar grabado el corazón  
en cada una de mis huellas.

## XVII

El espacio aprieta su puño,  
falta aire en el vuelo del pájaro,  
todo se ha electrizado ante mi voz  
que rompe la floresta.

¿Qué te inquieta, mujer?  
Hablas para sacar provecho de tus lamentaciones.  
La novedad es decir cuánto les ha dolido  
ser las que nunca pudieron contar  
su versión de la vida.

Rompo el tiempo para extraer memorias.  
Una noche hice temblar al mundo  
con mi desolación  
cuando se me negó continuar los estudios.

Mi amiga dejó de escribir porque  
el temor se metió entre sus uñas  
y se le coagularon las letras  
ante los ataques a su obra.

A mí, por el contrario, las letras me han estallado  
al punto de arrancarme las vísceras.  
Nací en la década de los sesenta  
y me criaron para atender al hombre,  
en casa se les servía la comida primero  
y todas esperábamos ver la reacción  
de un rostro masculino para disfrutar

o aborrecer la sopa  
¿por qué debería molestarme  
que me prohíban decir lo que yo quiero?  
¿a quién puede importarle mi vida  
carente de propósito  
que no sea servir, cuidar, armar  
las escenografías de la concordia?

Me han explotado hasta los dientes  
mientras les sonreía  
y les daba las gracias por regalarme  
unos minutos para delinear versos  
en la desvencijada hoja de mis aspiraciones.  
Pueden decir que soy la mala  
de una historia infinita,  
que intento sacar provecho de una moda,  
que llego siempre tarde, preñada de relámpagos  
a enumerar desgracias.  
Pueden hacer astillas  
de todo lo que digo,  
culparme del fracaso del mundo.

Quédense con su inservible paraíso.

## **Hierba mala**

I fight authority, authority always wins.

*John Mellencamp*

El viejo truco de la vida:  
distraernos cuando emergen  
las primeras hojas fragantes de la hierba  
con un ramo de flores de plástico  
que lleva debajo de su manga.

Desde la grieta se puede el oler el vértigo del jacinto  
envuelto en el aire de canela e incienso.  
Sus brazos son columnas que sostienen la noche.  
Para mí: dos centímetros de muro donde cabe toda la primavera.  
Él recién abonado, la tierra siempre húmeda,  
en un lugar donde recibe el fulgor antes del mediodía.  
Yo bajo la luz pantanosa de la tarde,  
sin espacio para almacenar la sombra de los árboles.  
En la arcilla de azogue que ciñe mis palabras  
hasta hacerlas arpones  
soy la pequeña flor de una fisura:  
proscrita (dueña sólo de mi propia estampida de colores)  
y en el último verso  
engancho mi raíz a tu mirada.

Afilo mi sombra contra el borde de las piedras  
y forjo un mundo de palabras rascando  
debajo de arbustos espinosos.

No importa hacia donde avance,  
cerceno.

Me alimentó el temblor de luz  
del aire.  
Mi semilla levantó sus alas: libélula verde  
y escamosa revolando alrededor de un patio infecundo.

Donde el rosal dobló su simiente  
yo crecí (reverberar de pétalos de segunda clase),  
aferré mis uñas a la tierra  
y me arraigué a la esquina más remota.  
Desde ahí sostuve constelaciones con los ojos,  
surtí verdor al ave,  
lancé piernas y brazos al vacío  
hasta que —poco a poco— invadí la pradera,  
desmenucé raíces,  
me transformé en la flor que terminará por devorar el patio.

Todos sabían mi vocación de insecto:  
las palabras que dejaba ungidadas en las hojas  
acabarían por ser huevecillos malignos,  
lama de aljibe, légamo entre los dientes  
de una boca que se ahogaba por cantar.  
Nadie quiso escuchar esa copla venida del rincón.  
Canto desosegado (ánima sola).  
Nadie iba a dar un peso por un par de palabras  
nacidas de la guarida más áspera del muro.  
Ahí estaba mi voz de ramas peludas,  
hojas de punta arisca desafiando el filo de las nubes.

¿Quién decide si una flor entrará al mundo  
por la puerta de la gloria o del despeñadero?

Deslumbrado, el trébol no puede percatarse  
que este jardín es un corredor que se transita  
igual que un laberinto.

Entro a la casa y el silencio me ahoga,  
los recuerdos de la niñez se acomodan bajo la mesa:  
animal extraño que espera una caricia,  
las sobras de algo,  
señales en la línea de luz que reptan por el piso  
mientras el sol avanza.  
(mas el trébol no se inmuta ante el agujijón  
de la memoria, es sencillo en su verdor al vuelo).  
No voy a mencionar mi primer viaje sola,  
el mareo de observar las chispas que nacían del colapso de rejas  
(¿sabía que abandonar la raíz también significaba  
quedar a la deriva?) poco interesa ahora que la hierba  
sea un grito bajo el roce de la estación más fría:  
saetas que ondulan con los últimos aires de febrero.

La furia cae a plomo sobre este huerto de palabras.

Ahí, en ese jardín donde apenas  
alcanzabas algunas gotas de agua  
para humedecer la boca,  
lloraste hasta inundar el mes de junio.

Recordé que en cualquier momento  
podían arrancar de tajo mi raíz,  
pasar el rehilete de cuchillas a ras de mi esperanza,  
el cabezal de deshierbe a la altura del cuello  
o simplemente rociar la voluntad con pesticida.  
Era un hierbajo sentándose a la mesa con las rosas.

Sueña el jardín que remonta la reja,  
instala su luz de corrientes verdosas en la calle.  
Emerge —como el poema— para encontrar al silencio  
bajo la flama del crepúsculo.  
Se consumen uno a otro  
(poema y silencio se hacen cenizas).  
¿Cómo puedo, en su irradiación, guardar mis flores  
sencillas, disgregadas?  
¿Cómo (en el paréntesis del sueño)  
seré capaz de descifrar en dónde quedo yo  
cuando todos dejemos de soñar?

En mi cabeza crece una hiedra de palabras  
(analiza las formas oscuras de los troncos,  
husmea huesos,  
necesita encontrar el enigma en la forma)  
y no la puedo extraer ni con tijeras,  
tampoco hay herbicida que la mate.  
Si la podo sus ramas engrosan la música del viento,  
si le ofrezco un puño de sal me devuelve un océano  
y a donde vaya, sus brazos me arropan  
hasta darme la transparencia del cielo después de la tormenta.  
Arte difícil el de la poesía  
[no hay tregua, fulgura la oscuridad de las imágenes].  
Mientras analizo los versos, las cesuras,  
las ideas me persiguen y dispersan.  
Qué extraña sensación saberme nada  
y asomarme al fondo del pozo del poema  
para tocar el agua  
que nunca deja de arder.

La vida es una huerta.  
Todo hierve y se agita.  
Un cosmos es el patio.  
Aquí y allá se alzan nebulosas,  
Saturno se prueba el anillo de pétalos  
de las flores nacidas de la breña,  
brotan luceros y otros se van rodando  
por el acantilado de esta casa.

Cuánta luminiscencia en los pistilos.  
Qué azul tan desbordado  
: un mar nació en la grieta,  
profundo, de corrientes indómitas,  
sus pétalos son extensiones del agua en movimiento,  
hay que observarlo para sentir el vaivén de las olas,  
la suavidad que espuma en la mirada.

Basta también caminar a prisa, sin notar su presencia,  
para restregarlo contra el piso y llevarlo adherido a la suela.

Igual yo, traté de ser hermosa en mis palabras  
y terminé debajo de un zapato.

También hay ternura en la rabia:  
el silencio (súplica a gritos mudos).  
La mano abierta con sus líneas  
que buscan echar raíces en otra mano indiferente  
sin que nadie lo note.  
La mala hierba —esplendorosa— a mitad del jardín.  
Pasar inadvertida, complacer  
mientras hundo las uñas en los brazos.  
La flor que se amputa y se deja  
encima de los libros  
para simbolizar la propia muerte.

Ávida como los rescoldos de una hoguera,  
busca la flor de pétalos amarillos  
y núcleo oscuro, sus terrenos.  
No la detiene el tropel de peatones que la ignora  
efervescente en aceras y a orilla  
del camino.  
Le escribo una carta para decirle que la entiendo:  
yo también invado cuadernos con palabras  
y me juego la vida cada octubre  
cuando el aire arrastra un soplo helado  
y anticipa el invierno.  
Después tendremos que sostener la savia como estrellas:  
distantes, casi ajenas al mundo,  
con el corazón en llamaradas para repetir la hazaña en primavera.

Calígrafas del sol,  
hermanas del misterio,  
saben que llegarán a tocar lo íntimo del mundo  
con sus tallos.  
Aunque solo dispongan de la vida  
unos meses,  
entienden que podrán alcanzar lo profundo  
y fracturar el prado  
(engullirlo, si quieren)  
pues hasta lo pequeño,  
lo inadvertido e insignificante  
ocupa su lugar en la existencia.

La maleza de fuego tiene botones  
explosivos: apuntan hacia el cielo  
igual que llamaradas.  
El color morado las convierte  
en una extraña deflagración  
que ebulle bajo la luz de los crepúsculos.  
Igual que su elemento son capaces  
de extenderse muy rápido  
y tomar el jardín en un par de semanas.  
Dicen que es un arbusto oportunista:  
sus semillas hibernan durante años  
para después escalar con dedos diminutos  
las raíces, hasta llegar otra vez al regazo  
del viento.  
Una planta que persevera así debería  
sembrarse en los poemas.

Si pudiera escribir en un palacio,  
en una biblioteca donde el otoño llegue  
con el dorado filo de los árboles  
al escritorio  
y lo alce en llamaradas.  
Si pudiera sentarme (más de una hora seguida)  
a descifrar los símbolos ocultos del lenguaje  
en vez de garabatear  
a un costado siempre:  
furtiva, temerosa, mientras traduzco  
documentos legales donde se espesa el tiempo.  
¡Ah!, si fuera posible,  
sería una rosa y no esta hierba mala.

Estos versos germinan en tu jardín ahora,  
son tuyos  
o —por lo menos— nacen en la parcela de tus ojos  
mientras invaden los predios que te habitan.

## **Botánica estéril**

## **Diente de león**

Erguida  
a mitad del césped,  
aguardo tu soplo  
para volar en deseos.

## **Dos rosas amarillas**

Silenciado el jardín,  
con todas las flores tomadas por  
un polvo discreto como talco,  
nada sobrevive un ciclo de sequía:  
hielo en las noches,  
tardes a fuego lento  
y la negligencia que pesa  
como toda mi desolación junta  
(amargura que impide cuidar aquello que zozobra).  
Dos rosas amarillas  
—convertidas en maleza por su perseverancia—  
resisten el naufragio con el brío del sol  
y de su luz sostengo estas palabras:  
sé lo que significa sujetarse del aire,  
armar andamios sobre la oscuridad,  
llegar siempre al final de la carrera,  
sé cómo es cantar dentro de un cubo,  
detonar sueños, crear historias ficticias donde  
remonto el pozo de mis huesos  
aunque en el despoblado de mi voz  
solo queden dos rosas amarillas.

## Enredadera

La que suscribe, poeta a ratos  
(cuando tiene suerte),  
traductora de asuntos legales  
(la mayoría del tiempo)  
declaro que estas letras se las robé  
a un acta de matrimonio  
que pierde la cabeza cada cinco palabras  
y me da vértigo con sus declaraciones:  
—saltos al vacío,  
promesas incisivas—  
y que de tanto mezclar versos con registros civiles,  
copias certificadas y testigos,  
abonada por un afán tozudo de escribir poesía,  
nació esta enredadera.

## Cactus

Debí buscar un oficio lucrativo que ganara el respeto  
—al menos— de los que amo.

En cambio, decidí arrancarme la piel en cada verso  
y convertirme en carne viva que recorre las calles,  
abierta al sol, con todos los mecanismos de la sangre a la vista  
de aquellos que desprecian que alguien  
pueda entregarse tanto por tan poco.

Si pudiera atravesar el tiempo,  
rectificar las cosas, no lo haría:  
no tengo corazón para darme la espalda  
ni dejarme huérfana del aliento que me dan los poemas:  
espinas que brotan cada vez  
que de mi carne nazco.

## La zarza ardiente

Desde antes de nacer supe  
que mi destino era prenderme en llamas.  
Me di cuenta al sentir la efervescencia del silencio  
entre estrofas. Somos lo que recordamos a través de lo escrito.  
Recuerdo mi vida como un chispazo de luz que me deslumbra  
y de la que llevo solo algunas palabras en el cuello: gargantilla de  
flores.

En esa sacudida confirmé mi vocación de incendio  
—observar es encender el fósforo de la mirada—  
hasta convertirme en el puño de ceniza  
que hoy suelto al aire. Sombra al vacío.

Sólo me alimenta la necesidad de la deflagración  
en la música de las letras que colisionan una contra otra.

Esto evoco del futuro:  
me esfumo ardiendo, llena de fuego,  
mientras escribo mis últimas palabras  
hasta consumir todo el combustible de mis ojos.

## Violeta silvestre

En el silencio del insomnio,  
en esta hoja nace una flor morada:  
va ocupando los márgenes con pétalos puntiagudos.  
Hacia donde camine,  
hay un filo helado que acaricia mi cuello.  
Trato de construir una vía para ponerme a salvo  
pero ya vacié mi corazón como se vacía un bolso  
sobre esta página  
y no puedo recuperarlo entero:  
se ha quedado a beber el rocío de la aurora  
atrapado en los pétalos  
como una limosna que le ofrece la poesía  
a cambio de degollarme un poco.

**Sed**

## El árbol de Gabriela Mistral

Arde el mediodía en la montaña,  
todo el pueblo ha venido a ver a la poeta  
que va a sembrar un árbol.  
Jirones de sombras recorren el césped  
mientras (diamante de raíces)  
el tronco —aún delgado y frágil—  
se introduce en la tierra.  
Gabriela cubre el espacio hueco  
con el polvo que oprime en la mano  
donde también lleva su corazón  
y lo imagina encumbrarse  
desatado contra el cielo impecable de abril.  
El aplauso recorre la cordillera en el eco puntual  
de los acantilados.  
Es 1924 y el romerillo deberá ver siglos por venir.

Yo, niña aún, visito Mineral del Chico  
en los años setenta.  
El árbol de Mistral apenas logra sostener  
su columna en la apatía de una plaza  
que lo ha dejado en el olvido.  
La tierra cede al peso de un verano de aridez  
y nadie viene a ofrecer un vaso de agua,  
un poema que le recuerde su origen luminoso,  
el misterio de las palabras que engendraron las brozas ya espigadas.  
Poco después, el pino se aleja de su sombra  
y lo último que ve son sus manos vacías,  
ya sin aves que le demanden un lugar en la tierra.

Una placa de metal para conmemorar los hechos sobrevive.  
Se quedó invocando la presencia ya deshabitada.  
Me pregunto si hubiese sido Neruda o Paz  
quien sembró aquel arbusto, ¿habría persistido  
con mejores cuidados?  
Ahora resisten las palabras transparentes  
de la mujer que plantó  
un enorme, fuerte y hermoso árbol vacío.

## Una palmera en la Plaza Constitución

Diciembre 18 de 1948

Mi nombre nada significa seguramente para usted, yo soy una maestra pueblerina enamorada de las letras... Pero, para Helia Paz Rivera, Gabriela Mistral ha sido siempre un lucero.

...tenía yo a mi cargo la sección literaria en un periódico de esta ciudad, toda mi página estaba dedicada a Vos; pero, esa misma semana tuvo que suspenderse la publicación por motivos de carácter económico.

*Respetuosamente, Helia Paz Rivera*

Asomada al balcón, la poeta descifra el ritmo del universo mientras tecléa la máquina de escribir. Le escribe a Gabriela Mistral una carta donde le explica el fuego que encienden sus palabras y ese enigma narcotizante del poema.

Afuera, una palmera estalla y fragmenta la nitidez del cielo azulísimo rodeado de cerros. Helia engancha su mirada al tallo y busca entre las ramas los vocablos correctos para tocar el alma de la mujer que ha hilado una cuerda luminosa para atar versos a su corazón.

Lucha todos los días por avivar las llamaradas de otros con la sección literaria de un periódico que, a veces, no se puede imprimir por falta de fondos en un pueblo minero donde hay decenas de cantinas y ni una biblioteca. Cuando deposita la carta en el buzón, sueña que sus palabras navegarán el tiempo y un vendaval encumbra el polvo de la plaza.

## Desenterrar palmeras

Yo, poeta de pueblo, observo cómo extraen las palmeras  
: abren el piso al golpe sordo de la pala  
y cortan las raíces que yacen divididas igual  
que extremidades mutiladas.

Pienso en mis versos y un resplandor nace en el vientre:  
exhalo poemas: no puedo jalar aire.  
La Plaza Constitución se va a quedar sin plantas  
ahora que un nuevo ayuntamiento ha decidido  
que lo llano dará elegancia al pueblo  
mientras busco un espacio en mi abollada historia  
para anudar palabras.

Tengo diecisiete años y me abrume esa planicie  
recién creada y todas las voces que se elevan  
en mi contra como si escribir poesía fuera  
lo peor que le puede ocurrir a una mujer  
que debe prepararse para la vida real  
(la insoportable).  
Se han burlado de mí hasta tumbar los pájaros  
que habitaban mi pecho  
y en la escuela resisto toda clase de sobrenombres.

Lloro como si el duelo por las palmas  
sacudiera mi torso en un temblor  
que va a tirar el cielo.  
Imagino a las que han andado —antes que yo—  
esta ruta  
y me confortan.  
Desde los tallos recién extintos  
de una palma, rueda un viento redondo hasta mis pies.

## Te llamas Rosa

Te llamas Rosa y yo Esperanza,  
pero tu nombre olvidarás  
*Gabriela Mistral*

Nunca faltó una mano que volara lo suficiente alto  
para alcanzar mis sueños, derribarlos y extinguirlos de un pisotón,  
[como a un cigarrillo.

A falta de aguas navegables, nadé las corrientes de libros y  
[canciones.

A los tres años (en el jardín de niños) le di la mano a una ronda  
[enigmática: tu nombre olvidarás.

¿Cómo se deja a un lado el singular sonido que define la vida,  
lo único que en verdad nos pertenece?

Guardé aquellas palabras unos años y después las doblé  
como se dobla la página de un libro que jamás leeremos.

Ya vieja las encuentro al azar y vuelve a mí el golpe de las flores  
danzando en la colina.

Encuentro una señal de alivio a las aguas sin fondo  
donde hoy junto mis huesos: soy un barquito de papel en su  
[perpetuo e inservible naufragio  
y saco la nariz entre las ondas para constatar una respiración  
[entrecortada (asmática).

A barlovento, menguada por las moscas que defecan en mis  
[iniciativas,

recordar las imágenes amortigua el dolor, la sed  
de quien tropieza y se va haciendo polvo,

polv                      polvorient  
tro pe zar      ser      sed      desear.

Deseo la sed de la luz cuando se viste de aire y es tolvenera,  
el recuerdo de la niñez que se disfraza de sol en una calle y  
[engulle mi nombre hasta dejarme seca.

En malos pasos siempre, luché contra la flecha que encontraba  
su blanco en mi estructura (explosión de astillas, mi corazón)  
pero guardé esa leve certeza del fracaso,  
la sensación en el estómago de no estar a la altura,  
el vértigo cuando alguien me pregunta qué opino sobre algo  
y en el fondo de mí, se agitan las alas de mil aves canoras  
que guardan su silencio entre mis manos.

Mi techo siempre tiene goteras que humedecen los muros,  
un día terminaré por derrumbarme como muralla al viento  
y seré —finalmente— el escombros para el que se me preparó toda  
[la vida.

La sin voz, la que se deja seducir por los rincones del mundo  
y no ha visitado las ciudades donde los poetas abren sus pétalos  
[sonoros.

La de provincia, que labra versos alejada de academias y críticos.  
Me consuela saberme tan pequeña que apenas caben mis anhelos  
[en una semilla  
donde también brotan las alas de un colibrí.

Mala como la ortiga, he rechazado todo lo que pudo salvarme  
para entregar mi voz a la locura, a la tentación de arder en los  
[silencios

que habitan estos márgenes y dan forma al poema, ciñéndolo.  
Aquí estoy, la que escribe donde puede, en la parada del autobús,  
cuando la ciudad asalta las entrañas y es el vómito,  
los mareos constantes que nacen de las quijadas que se aprietan  
porque todo se oprime adentro de este cuerpo. Todo hasta  
mi suerte. Me guían estrellas perniciosas —idénticas a mí—.  
Ahora entiendo que sí es posible olvidar nuestro nombre,  
es más, nací sin nombre. Las letras que bordean mi figura son  
[errantes.

Cambian de forma, van de líquido a sólido y se tragan las píldoras  
[eternas  
que recetó el doctor hace años para salvarme de una tiroides herida  
[por el desánimo,

por los cuchillos clavándose en la espalda.

Prefiero ser este puño de viento que se recoge al amanecer  
y se deja en la mesa para inhalarlo al regresar a casa  
como quien redescubre la vida cada que le abre un camino en los  
[pulmones.

Prefiero inconformarme hasta el último día de mi tiempo en la  
[tierra,  
patear, encender el filo de la sangre, echar al aire el ruido de mi  
[desolación,  
no vaya a ser que me gane un nombre a costa de avanzar sobre otros  
y después (en verdad) ya no sepa quién soy.

## Coda

Toda esa fuerza que empuja al mundo para abrirlo:  
puñalada de espejos: onda de claridad.  
Cuánta química se requiere para que una flor nazca.  
Al reverso: telar de raíces en génesis exacto.  
Qué va a quedar del botón que rasga la tierra  
sin que nadie lo note.  
Qué va a quedar de mí con el corazón brotando en estallidos  
si no me miras.

*Tul malla de púas*  
de Yanira García  
fue impreso en septiembre de 2025  
en Litográfica Ingramex S. A. de C.V.  
con dirección Centeno 162-1,  
Col. Granjas Esmeralda 09810  
Ciudad de México.